

Un libro realmente incómodo

No hay peor sordo que el que no quiere leer. Hace unas semanas (EL PAIS, mayo 24) publiqué una nota sobre *El siglo de las luces*, la última novela de Alejo Carpentier, en que se subrayaban algunos aspectos polémicos de la misma. Aunque la interpretación que yo hacía de la novela era completamente personal, e incluso se lo aclaraba al lector con estas palabras: "Mi lectura (que no tiene por qué ser la ortodoxa)", un censor que escribe desde *Marcha* (mayo 29) ha aprovechado su discrepancia personal conmigo, que data de 1948, para acusarme de toda clase de cosas. El papel de censor, aunque desagradable, parece ser irresistible. Pero ese es un problema muy particular de quien se ha designado a dedo para tal oficio. Al público puede interesarle únicamente la aclaración de que jamás pretendí que mi análisis del libro de Carpentier tuviera validez universal y fuera aceptado por todo lector. El papel de crítico, es siempre, leer algo más que lo obvio.

También me acusa mi censor de tergiversar la difusión del libro de Carpentier en Cuba y aduce que una edición de 5.500 ejemplares fue impresa allí y se vendió "vertiginosamente". Acepto la rectificación ya que mi censor ha estado en Cuba (y seguramente comprobó el vértigo) y yo no. Pero cubanos, partidarios del régimen y lectores ávidos de Carpentier, me han informado sin embargo que el libro circuló poco y no fue comentado como es debido. Por otra parte, no hay que dejarse engañar por las cifras. En el Uruguay una edición de 5.500 ejemplares es enorme; en Cuba (que tiene varias veces la población nuestra) no lo es. Un ejemplo: *Canción de gesta*, que escribió Pablo Neruda para exaltar la Revolución, se editó en una tirada de 25.000 ejemplares. Es cierto que Neruda es más fácil de leer que Carpentier; pero también es cierto que el valor político del libro de Neruda era más fácil de explotar. No pasa lo mismo con la novela de Carpentier, barroca, compleja, nada fácil de interpretar.

Una última palabra sobre el estilo de mi censor. Pertenece al tipo de indignación prefabricada. Puede impresionar seguramente a los que se enfrenten con este estilo por primera vez. Para mí, que lo padezco desde hace dieciséis años, no tiene siquiera el mérito de la novedad. Por eso el lector me permitirá que me despida con un bostezo. — E. R. M.